Hablando así, me arrancó brutalmente mi anillo, sobre el cual estaban gravados mi nombre y mi

grado.

A cada instante se aumentaba el número de los curiosos; muchas personas reconocieron á Raoul y aseguraron que no le habian visto de algunos dias á aquella fecha.

-Esta ausencia se esplica, decian, porque se

marchó á reunirse con los vankees.

Entretanto los soldados nos ataron las manos y condujeron á la prision. Allí nos registraron con cuidado y me hallaron la bolsa que contenia muchas águilas de oro (moneda americana). Solo esta

prueba bastaba para que me condenasen.

Despues de estos graciosos preliminares nos encadenaron fuertemente uno contra otro, y las guardias se retiraron, dejándonos entregados á nuestros pensamientos, siendo difícil que nos hubiesen puesto en mas desagradable compañía.

CAPITULO XXXI.

UN SOCORRO CAIDO DEL CIELO.

Yo no daria un tlaco por mi vida, dijo Racul á tiempo que se cerraban las puertas sobre nosotros. Pero vd. capitan; jay! jay!

Echóse el frances gimiendo sobre un banco de piedra y me obligó á sentarme en él igualmente.

Yo no hallaba consuelo que ofrecerle: sabia que se nos acusaba de espionage: si nos lo justificaban, el resultado era infalible y no teniamos veinte y cuatro horas de vida. La idea de haber sido yo la causa de la desgracia de este mozo hacia mi situacion aun mas penosa, y luego, morir sin gloria, jeso era cruel! Tres dias antes hubiera sacrificado mi vida con indiferencia, pero despues, jcuanto habian cambiado mis sentimientos! Un lazo poderoso me ligaba á la existencia, tenia miedo de la muerte, me habia hecho poltron y deploraba amargamente mi fatal temeridad.

Pasamos la noche procurando en vano consolarnos el uno al otro. El sufrimiento físico aumentaba nuestros tormentos morales: los vestidos estaban enchumbados de agua y la noche muy fria. No teniamos por lecho sino un banco de piedra, en el que nuestra cadena no nos permitia ni aun tendernos estando ademas obligados para calentarnos á frotarnos fuertemente uno contra otro. Esta noche fué

terrible; pero al fin pareció el dia.

Un oficial vino desde temprano á visitarnos: el consejo de guerra que debia juzgarnos habia sido convocado para despues de medio dia y nos condujeron ante el tribunal entre los insultos del mas vil populacho. Hicimos conocer al consejo el motivo que nos habia conducido á Veracruz, dimos el nombre del jóven Narciso y designamos la casa donde se hospedaba: recibieron informes, y todo resultó conforme á lo que habiamos declarado; pero pretendieron que nuestra relacion era una trama inventada por nuestro camarada. El conocimiento que Raoul tenia de la ciudad y del país comarcano ha-

Los TIRADORES.

cia esta suposicion bastante verosímil. Ademas, el frances fué reconocido por muchos habitantes; se justificó su desaparicion que coincidía con el desembarque de la armada americana. En cuanto á mí, el anillo y la bolsa que me encontraron me acusaban suficientemente. Fuimos declarados espías y como tales condenados á sufrir al dia siguiente el suplicio de garrote.

Ofrecieron à Raoul perdonarle la vida si queria ser traidor y dar informes sobre el enemigo: el valiente soldado rechazó esta oferta con indignacion; me hicieron igual propuesta, pero con el mismo éxito.

A tiempo que iba á pronunciarse nuestra sentencia, observé un movimiento general en todo el pueblo: soldados y ciudadanos dejaron apresuradamente la sala de audiencia, y el mismo consejo pronunció con rapidez la sentencia y dió órden de que saliésemos. A estas palabras la guardia se apoderó de nuevo de nosotros, nos arrojó á la calle y nos puso en camino para la prision.

La escolta que nos condujo parecia muy afanada: por las calles por donde pasábamos corria la gente de tropel dando señales del mas vivo terror: las mujeres y los niños se huian dando gritos lamentables é iban á buscar un abrigo detras de las paredes y canales. Algunos mas piadosos ó timoratos que los demas caian de rodillas y oraban con fervor: otros estrechaban sus hijos contra el seno y temblaban sin tener aliento ni aun para dar un solo grito.

—Al verlos parece que hay un temblor de tierra, observó Raoul, pero nada percibo: ¿sabe vd. lo que es, capitan?

La respuesta llegó pronto, porque inmediatamente un objeto atravesó los aires silbando y rodando sobre sí mismo. —Una bomba de los nuestros, ¡hurra! esclamó Baoul.

Su vista casi me causó placer, aunque no ignoraba sin embargo que yo mismo podia ser víctima de aquel proyectil.

Los soldados que nos escoltaban se habian echado detras de las paredes y de las pilastras vecinas

y nos dejaron solos en medio de la calle.

La bomba pasó por encima de nuestras cabezas y cayó á algunos pasos sobre el suelo: reventó; los fragmentos penetraron en la pared de la casa vecina y gemidos que llegaron á nuestros oidos nos dieron á conocer que el mensajero de hierro habia cumplido su terrible mision. Era la segunda bomba lanzada por los americanos; la primera tambien habia sido destructora: tal fué la causa del terror que habiamos observado en los soldados y en los habitantes.

La muerte acompañaba á cada proyectil.

Sin embargo, nuestra escolta habia vuelto á nosotros é insistia en conducirnos á la prision, redoblando su brutalidad á nuestro respecto. La exaltacion de nuestros guardas habia llegado á su colmo, y uno de ellos mas feroz que los otros introdujo su bayoneta en el muslo de mi compañero Despues de otros muchos malos tratamientos fuimos por fin restituidos á nuestra prision y la puerta se cerró de nuevo tras de nosotros.

Desde que caimos prisioneros no habiamos comido ni bebido, y el hambre y la sed aumentaban el horror de nuestra situacion. Los insultos habian exasperado á Raoul; el dolor de su herida lo habia puesto furioso; la cadena que sujetaba sus manos no le permitia el menor movimiento, y en un acceso de rabia, que le daba sin duda una fuerza sobre-

humana, torció sus eslabones con tanta energía que

se rompieron como vidrio.

A consecuencia de esta primera hazaña, quebrantamos bien pronto la cadena que nos ligaba el uno al otro, y la que nos sujetaba los piés no tardó en correr la misma suerte.

—Podremos al menos, capitan, vivir nuestras últimas horas, como hemos vivido toda nuestra vida,

libres y sin hierros.

Yo admiraba el espíritu y la fuerza de carácter de mi bravo compañero. Nos habiamos colocado

cerea de la puerta y escuchábamos.

Un cañoneo continuado retumbaba al rededor de nosotros, y percibiamos tambien el ruido mas distante de las baterías americanas: las bombas reventaban por todas partes y las murallas que se aplomaban á cada instante resonaban á nuestros oidos como el fracaso del trueno. Raoul en el colmo de su exaltacion, se lanzaba contra la puerta dando gritos furiosos.

Una idea me pasó por la mente.

-Tenemos armas, Raoul.

Hablando así le mostré los fragmentos de cadena esparcidos al rededor nuestro.

-¿Se siente vd. capaz de ganar una de las rejas sin peligro de equivocarnos en el camino?

Raoul se estremeció.

—Vd. tiene razon, capitan, yo lo puedo hacer. No es probable que tengan tiempo de visitarnos esta noche y tal vez no hayamos perdido enteramente los medios de salvarnos.

Nos habiamos comprendido: cada uno de nosotros reunió uno de los fragmentos de la cadena (pues habia dos) y se colocó detras de la puerta, prontos á escaparnos así que nuestros guardas viniesen á abrirla. En tanto continuaba el cañoneo y las bombas caian á cada instante al rededor de la prision que ocupábamos. Hundíanse los techos, rompianse las vigas, desmoronábanse las paredes y se aplomaban con estruendo. Estos ruidos no eran los solos que herian nuestros oidos; los votos de los soldados, los gritos de los hombres, los gemidos de las mujeres que acompañaban á todas las esplosiones, los penetraban igualmente.

-¡Por Satanas! dijo Raoul, si pudiesen olvidarnos tan solo por dos dias, nuestros amigos vendrian á

abrirnos las puertas. ¡Qué diantres!

Al mismo tiempo que mi camarada prorumpia en esta ultima esclamacion, un objeto pesado hirió el techo, rompió la cubierta y el cielo raso y vino á caer á nuestros piés, haciendo sobre el piso un ruido sonoro.

Bien pronto se siguió una esplosion: la tierra pareció conmovida hasta en sus entrañas, centenares de proyectiles fueron lanzados silvando en todas direcciones y nos encontramos envueltos en una espesa nube de polvo y de cal mezclada de vapores sulfurosos. Se respiraba con dificultad; yo estaba casi sofocado: procuré gritar, pero mi voz se detuvo en la garganta. Apenas, á pesar de mis esfuerzos, logré entenderme á mí mismo: sin embargo, al fin pude gritar por dos veces.

-;Raoul! Raoul!

Mi camarada me respondió, pero su voz parecia venir de larga distancia. Yo estendí los brazos para buscarle; estaba á mi lado, pero como á mí, lo sofocaba la falta de aire.

-¡Diantres! era una bomba, dijo al cabo con una voz chillona. ¿Está vd. herido, capitan?

-No; le contesté, ¿y vd?

—Sano como el ojo.... hemos tenido ambos una suerte famosa, porque los pedazos de aquella deben haber herido todos los rincones de la prision.

-Mejor seria que nos hubiesen acabado le contesté despues de una pausa: era el único medio que

teniamos de evitar el garrote.

—¡Ah! ¿quién sabe, capitan? repuso Raoul con un acento que indicaba que no había perdido toda esperanza de salvacion. ¿No podriamos tratar de salir por donde había entrado la bomba? continuó. Examinémoslo: debe haber venido por el techo.

-Lo supongo.

Nos tomamos la mano y avanzamos juntos hácia el medio de la sala con los ojos fijos en el cielo

-¡Diantres! dijo Raoul, no veo un palmo mas allá de mis narices; tengo los ojos llenos....

-Lo mismo me sucede á mí.

Esperamos á que el polvo se hubiese disipado un poco: entonces fijando de nuevo nuestras miradas en el cielo raso, percibimos al fin una débil luz que venia de lo alto por un gran agujero abierto en el techo.

Bien pronto vimos lo suficiente, ya reconocimos las dimensiones de esta abertura, bastante ancha para dar paso al cuerpo de un hombre; pero este agujero se encontraba á catorce piés por encima del suelo, y no teniamos cosa alguna que nos sirviese para llegar á esta altura.

-¿Qué vamos á hacer, Raoul? No somos gatos,

no podremos llegar nunca allá.

Sin tomar el trabajo de responder, mi camarada me alzó en sus brazos, y me dijo que ensayase: subí sobre sus espaldas, pero aunque me estiré todo lo que pude, no logré tocar el techo. —Déjeme vd. bajar, Raoul, le dije: me ocurre una idea; si nos dejasen solos nn poco de tiempo.

—¡Oh! no tema vd. nada de parte de ellos: harto tienen que hacer en salvar sus pellejas amarillas.

Yo habia observado que el agujero formado por la bomba se encontraba muy cerca de los jubrones del techo. Con arreglo á esta circunstancia me puse á órdenar una de nuestras cadenas en forma de gancho, mientras que Raoul se quitaba, siguiendo mis órdenes, su pantalon de cuero, ocupándose en hacerlo pequeñas tiras. En menos de diez minutos poseíamos una cuerda armada de un gancho en su estremo. Subí sobre los hombros de mi camarada y procuré sujetar la cuerda á la viga introduciendo en ella el gancho, pero no me salí con mi intento; el esfuerzo que hice fué causa de que perdiese el equilibrio y caí sobre el suelo; lo emprendí por otra vez y obtuve el mismo resultado.

—¡Diantres! murmuró Raoul entre dientes.
El gancho le habia caido sobre la cabeza.
—Veamos, ensayémos hasta el fin, pues que nues-

tra vida depende de esto.

Segun una supersticion popular el tercer esfuerzo es siempre el que sale bien: por esta vez, al menos, así nos sucedió; el gancho entró en el palo y balanceandose la cuerda vino á caer á algunos piés del suelo. Subí sobre los hombros de mi camarada y empuñando la cuerda lo mas alto posible, tiré de ella con fuerza para probar su solidez; resistió: entonces me encaramé asiendome con las manos y llegué hasta la viga: de allí me fué fácil trepar hasta el techo.

Una vez fuera me adelanté arrastrandome con precaucion sobre la azotea, que conforme á la manera de construccion adoptada para las casas españolas, era llana y estaba guarnecida de un pequeño parapeto por encima del cual tenia vista á la calle. Era de noche y no podia ver nada, pero á cierta distancia distinguí sobre las murallas soldados cayas negras balijas contrastaban con el azul del cielo, hallándose ocupados al rededor de sus baterias. De rato en rato retumbaban los cañones alumbrando la ciudad con luces sulfúricas que se escapaban de sus costados.

Volvíme para ayudar á Raoul, quien impaciente ya con mi tardanza estaba en actitud de trepar

por la cuerda.

Fuimos de techo en techo en solicitud de un punto de donde pudiesemos bajar á la calle sin riesgo de ser percibidos. Las casas colocadas sobre la misma línea que nuestra prision, tenian todas un solo piso. Despues de haber examinado muchas, nos decidimos á descender á un estrecho pasadizo: era aún muy temprano, pero la poblacion que estaba en vela con el bombardeo, erraba por todas partes en una inquietud y ansiedad visibles. Los gemidos de las mujeres y de los niños, los gritos de los hombres, las quejas de los heridos, los ahullidos de la muchedumbre, todo esto formaba un caos de un efecto imposible de describir. Las bombas continuaban volando por el aire con el silvido que les es particular. A cada instante se veian aplomarse las paredes y parapetos. Cuando pasabamos cerca de la catedral, una bala llegó á herir la cúpula de este monumento: pedazos de este edificio que los siglos habian respetado cayeron á nuestros piés con un fracaso espantoso, repitiendose á cada paso accidentes de la misma naturaleza. Andábamos materialmente por medio de ruinas; las precauciones para

substraernos á las miradas se habian hecho easi inútitiles, y nadie ponia atencion en nosotros.

-Estamos cerca de la casa, ¿quiere vd. ver si le toma de paso? dijo Raoul aludiendo al jóven Nar-

ciso.

—Sin duda, muéstreme vd. su habitacion, le respondí casi avergonzado de haber olvidado en medio de nuestros propios peligros el objeto principal de la empresa.

Raoul me señaló una gran casa con un gran

portal.

-Vea vd., capitan, es esa.

-Vaya vd. á colocarse en la sombra y aguárdeme: vale mas que esté solo.

Mi compañero obedeció á este aviso.

Acerqueme á la gran puerta y toque sin temor.

-¿Quién? gritó el portero del zaguan.

-Yo, le respondí.

Entreabrieron la puerta con precaucion.

-; El señorito Narciso está aquí?

-Sí, respondió el portero.

-Dígale vd. que un amigo desea hablarle.

Despues de un momento de duda, dejóme el portero para entrar en la casa, al cabo de algunos segundos llegó un hermoso niño á quien habia visto ya durante los debates de nuestro juicio: tembló al reconocerme.

—Chiton, le dije, haciendole seña de callarse, tiene vd. dos minutos para despedirse de sus amigos y venir á unirse connigo detras de la iglesia de la

Magdalena.

-¡Ah! señor, dijo, sin escucharme al parecer; que ha hecho vd. para salir de la prision? vengo de casa del gobernador, donde he estado en solicitud de su soltura, y....

—No se trata de eso, le repliqué interrumpientole. Siga vd. mis consejos y no olvide sobre todo lo que su madre y hermanas sufren por vd.

-Pronto estaré con vd., dijo el niño con un tono lleno de resolucion.

-Hasta luego, adios.

Nos separamos sin decir mas: me reuní con Raoul y llegamos juntos á la Magdalena: de paso atravesamos la calle donde fuimos aprehendidos la noche precedente, pero en tal estado se hallaba, que apenas pudimos reconocerla: llena de escabrosidades, no era por todas partes sino montones de escombros.

No encontramos patrullas ni centinelas, y nadie esta vez prestó atencion á nuestro singular ves-

tido.

Así que llegamos á la iglesia, Raoul descendió por el acueducto y esperé solo la llegada del niño: este cumplió su palabra y apercibí bien pronto su linda figura que aparecia á la vuelta de la calle. No teniamos tiempo que perder y le llevé al pasadizo subterráneo, pero la marca estaba entonces muy alta, y nos vimos precisados á esperar á que bajase: llegó por fin la hora favorable, y nos deslizamos arrastrandonos sobre las vocas, y aprovechandonos de la resaca nos dejamos por una maniobra análoga ó la que habiamos ejecutado para venir.

Despues de una hora de fatiga llegamos á Punta-de Hornos: un poco mas lejos encontramos una guardia americana; me hice reconocer y tuve al fin la satisfaccion de entrar en nuestras líneas.

A las diez estaba ya en mi tienda; habian pasado justamente veinticuatro horas de mi salida; nadie, escepto Clayley sabia nada de nuestra aventura.

El subteniente y yo convenimos en que inmediatamente llegase la noche nos pondriamos á la cabeza de un pequeño destacamento para conducir el niño á su familia. Despues de la retreta partimos pues, del campo, y nos reunimos con nuestros nuevos amigos: no procuraré describir el recibimiento que nos hicieron: las espresiones de gratitud y los testimonios de amistad nos fueron prodigados por todos ellos; y á mí, las sonrisas del amor me pagaron generosamente las penas que habia sufrido.

Quisimos repetir nuestras visitas cada noche; pero por desgracia los guerrilleros se apoderaron de todo el campo: pequeños destacamentos de nuestros hombres que se atrevieron á salir fuera de las líneas los capturaron en medio del dia. Mi amigo y yo, en presencia de estos hechos, nos vimos precisados, á pesar del ardor de nuestros deseos, á diferir las visitas hasta la toma de Veracruz.

CAPITULO XXXII.

UN TIRO EN LA SOMBRA.

LA ciudad de Veracruz se rindió el 29 de Marzo de 1847, dia en que el pabellon americano flotaba sobre las torres de S. Juan de Ulloa; las tropas del enemigo salieron bajo su palabra de honor, y la mayor parte ganaron el interior del país.

Púsose en la ciudad una guarnicion americana,

y el principal cuerpo del ejército acampó en la llanura del Sur

Muchos dias permanecimos en esta posicion esperando la órden de marchar á lo interior. Los primeros partes nos hicieron conocer que las fuerzas mexicanas se habian reunido en Puente Nacional á las órdenes del famoso Santa-Anna; pero nuevos informes nos instruyeron despues de que el enemigo se disponia á acercarse y á venir á establecerse en Cerro-Gordo cerca de la mitad del camino entre Veracruz y las montañas.

La rendicion de la ciudad nos habia devuelto alguna libertad, de la que Clayley y yo resolvimos aprovecharnos para hacer una visita á nuestros amigos.

Muchos destacamentos de caballería ligera habian hecho esploraciones en el campo, y nos habian referido que la principal partida de guerrilleros se habia alejado hasta las cercanías del Fuente-Nacional. Pensamos por consiguiente, que de esta parte no habia peligro alguno que temer.

En esta virtud tomamos nuestras disposiciones para estar prontos al ponerse el sol. Tres hombres determinados nos acompañaron, Lincoln, Chae y Raoul. El pequeño Jack era tambien de la partida: montaron en los primeros caballos que pudieron procurarse, yo en un caballo negro de raza árabe, que el mayor, cumpliendo su palabra, me habia regalado.

La luna iluminaba el paisage lo bastante para permitirnos distinguir que la campiña habia sufrido muchas variaciones: la guerra acababa de pasar por ella y por donde quiera se veian señales de sus estragos: los ranchos estaban abandonados, muchos destruidos, viéndose sobre sus ennegrecidas

paredes vestigios de humo y de fuego: algunos no eran sino montones de ruinas, de donde salian aún nuves de humo.

El camino estaba sembrado de utensilios de menage deshechos ó rotos, artículos de poco valor que habia desdeñado la mano de los bandidos: un petate, un sombrero de palma, una olla rota, un bandolin sin cuerdas, restos de una guitarra, algunos vestidos de mujer manchados de polvo, hojas arrancadas de algun libro de misa ó de la vida de la Vírgen Santísima: las imágenes de Guadalupe, Remedios, Dolores y el Niño de Guatepec yacian tambien en el suelo manchadas, desfiguradas, ó agujeradas por alguna bayoneta sacrílega presentando todo á la vista los profanados penates de un pueblo conquistado.

Un triste presentimiento me oprimia el corazon: se habia hablado vagamente en el ejército de algunas piraterias cometidas en el campo por partidas destacadas de nuestros soldados que habian dejado las líneas con el objeto de ir á buscar bueyes.

Hasta entonces no habia concebido el menor recelo, no pudiendo figurarme que partidas tan poco considerables se hubiesen atrevido hasta aventurarse á la distancia en que se encontraba la casa de nuestros amigos. Me constaba que ningun destacamento á las órdenes de ningun oficial se habia dirigido á aquel parage, y ademas no teniamos nada que temer de los soldados regulares; pero tal vez no tuve en cuenta la muchedumbre de miserables que se agregan á los ejércitos en campaña con el solo objeto de sacar provecho, saqueando y robando, del desórden inseparable de la guerra.

Estábamos á una legua de la casa de D. Cosme, y sin embargo, continuábanse manifestando seña-

les de desolacion y de ruina: vimos tambien al aproximarnos mas, la prueba de que esas exacciones no todas se habian ejecutado sin escitar terribles venganzas: encontramos, en efecto, por el camino el cuerpo de un soldado mutilado: tendido de espaldas, sus ojos parecian mirar la luna, su lengua habia sido arrancada de la boca, su corazon sacado del pecho y su brazo izquierdo cortado en la coyuntura del codo: diez pasos mas lejos encontramos a uno de sus camaradas en el mismo estado.

Al entrar por la floresta, mis pensamientos se hicieron mas penosos; se los comuniqué á Clayley quien por su parte estaba agitado por los mismos

temores.

-Sin embargo, dijo, es imposible que ninguno de los nuestros haya descubierto esta senda; pero le confesaré que tengo mas recelos del otro lado. ¡Esos guerrilleros mas ladrones que militares, ese infame Dubrose que está con ellos!....

-Vamos, vamos, esclamé, batiendo con las espuelas los hijares de mi caballo que partió á galope.

Esta refloxion de Clayley había aumentado mis inquietudes haciéndonos tomar otra nueva direc-

Mis compañeros imitaron mi ejemplo: salvamos

el bosque muy pronto.

Así que llegamos á un claro, Raoul que iba delante paró su caballo y nos hizo seña de imitarle: obedecimos su advertencia.

-¿Qué hay Raoul? le pregunté en voz baja.

—Una cosa acaba de entrar en la selva.

-¡Por qué parage?

-Por aquí, á la izquierda, dijo el frances indicando esta direccion, no he visto bien, y tal vez sea un animal espantado.

-Lo he visto yo, capitan, dijo Lincoln al acercarse, es un caballo.

-; Cree vd. que tiene ginete?

-No estoy seguro: no he percibido sino la grupa. no me hallo tan cerca que pueda distinguirlo bien, pero de cierto es un caballo.

Quedéme un rato sin responder reflexionando.

-Puedo decir á vd. facilmente si está montado ó no, continuó el cazador, con solo que vd. me per-

mita avanzar un poco sobre sus huellas.

-Se encuentra fuera de nuestro camino...tal vez, sin embargo, será lo mejor, añadí despues de un instante de reflexion. Raoul y vd. Chan, apéense y acompañen al sargento; Jake tendrá los caballos.

-Si vd. lo permite, capitan, dijo Lincoln en voz. baja, quiero mas ir solo; no porque desprecie el apoyo de dos valientes soldados como Raoul y Chan; pero tengo la costumbre de seguir una huella y lo hago mejor yendo solo.

-Muy bien, sargento; pues que vd, desea ir solo,

nosotros le esperaremos.

El cazador se apeó, y despues de haber dirigido una mirada escrutadora sobre su carabina, se alejó en una dirección del todo opuesta á la seguida por el objeto que habiamos visto. Estuve á punto de llamarle por la impaciencia que tenia de proseguir el viaje; pero despues de un momento de reflexion, concluí que lo mas prudente era abandonarle á sus propios instintos: dejele obrar, y cinco minutos despues habia desaparecido en el chaparral.

Quedamos montados esperando cerca de media hora. Estábamos impacientes, y empecé á temer no hubiese sucedido alguna desgracia á nuestro camarada, cuando el ruido de un tiro llegó á nuestros

oidos: este tiro parecia hecho á una gran distancia, y ademas, partia de un lado enteramente opuesto al que siguiera Lincoln.

-Es la carabina del sargento, dijo Chan.

-Adelante, grité yo.

Penetramos en el bosque por el punto que habiamos cido el tiro: apenas anduvimos cien pasos, cuando vimos á Lincoln que volvia hácia nosotros con su carabina al hombro.

-Y bien, le pregunté.

-Estaba montado, capitan, pero ya no lo está.

-¿Qué quiere vd. decir, sargento?

-Quiero decir que el caballo tenia un ginete sobre el lomo, pero que ahora no tiene ninguno. Se ha alejado....hablo del caballo, porque el ginete no chisto.

-¿Cómo? vd. lo ha.....

-Si, yo lo he . . . capitan; tenia fuertes razones para ello.

-¿Qué razones? le pregunté.

-Porque de dos cosas una, ó el ginete era un guerrero, ó un espia de nuestros pasos.

- Y por qué lo ha creido vd. así?

-Capitan, porque ese mozo cuyas huellas iba siguiendo, parecia examinar con cuidado, las que

dejamos en el suelo. -Y bien, dije impaciente por saber el resultado.

-Yo fui tras él algun tiempo hasta que le vi inclinarse sobre su caballo al parecer para juzgar mejor de las huellas de nuestros pasos: entonces lo tuve por un esplorador que hacia un reconocimiento; suposicion que me pareció tanto mas verosímil cuanto que percibí un fusil fijo en el arzon de la silla de ese bellaco: llamélo, pero en vez de responderme, puso el caballo á galope. Mis dudas se desvanecieron y lo traté como á un oso gris. Esto es lo que le he encontrado.

-; Dios del cielo! esclamé al ver el objeto que el cazador me presentaba, ¿qué ha hecho vd?

Era un puñal de plata que yo habia dado á Narciso unos dias antes.

-; He hecho mal, capitan?

-Ese hombre, ese mexicano, ¿quién era? ¿qué apariencia tenia? le pregunté con ansiedad.

-; Cómo era, capitan? Muy feo: una piel de color del cuero que vd. tiene para afeitarse, se parecia á un indio Digger: ademas vd. puede juzgar por sí

mismo; no está lejos de aquí.

Apeéme y seguí á Lincoln por entre los matorrales: á cerca de veinte pasos percibí el objeto de mis indagaciones tendido sobre la orilla de un pequeño claro: el cuerpo estaba vuelto de espaldas, y los ravos de la luna le daban en la cara: me bajé para examinarlo, y una mirada bastó para disipar mis temores. Era el cuerpo de un desconocido: sus facciones bastas y groseras, su piel bronceada, sus cabellos lanosos, en suma un zambo; por su traje medio militar se conocia que fué un guerrillero. Lincoln, pues, habia tenido razon.

-Y bien, capitan, dijo despues de que hubo terminado su exámen, ¿no era este un bandido?

-¿Y no cree vd. que nos asechase? -A nosotros ó á otros, es muy cierto.

-Hay un camino que conduce á Medellin, dijo Raoul acercándosenos.

-No nos podia aguardar, porque ignoraba nues-

tra intencion de venir por aquí.

-¿Quién sabe, capitan? dijo Clayley en voz baja. Ese bellaco podia muy bien sospechar nuestro viaje: ha podido saber que hemos venido ya aquí LOS TIRADORES.

que hemos libertado á Narciso y tal vez tuviese órden de vigilarnos dia y noche.

—¡Oh ciélo! dije, devuelto por esta reflexion de Clayley á mis tristes presentimientos, no nos detengamos mas. Vamos, Clayley, ¡adelante! y vd. Raoul, continúe guiándonos con sileneio y precaucion.

A estas palabras el frances tomó la senda que conducia al rancho, y le seguimos unos en pos de otros. Lincoln que era el último, se habia encargado de las funciones de retaguardia.

CAPITULO XXXIII.

CAPTURADOS POR I OS GUERRILLEROS.

SALIMOS de la floresta y entramos en los campos: todo estaba en silencio. La casa que veiamos ya se hallaba aun en pié.

—El guerrillero esperaba sin duda á alguno que venia por el camino de Medellin. ¡Adelante, Raoul!

—¿Capitan? dijo este en voz baja y parándose al estremo de la guarda-raya.

-¿Qué hay?

-Uno acaba de pasar del otro lado.

—¿Algun criado sin duda? Avance vd. siempre, poco importa; pero voy á temar la delantera. Redoblé el paso y seguí la guarda-raya, llegando al cabo de algunos minutos al otro estremo de la charca.

Allí nos paramos y echamos pié á tierra: dejando nuestra gente en este sitio. Clayley y yo nos adelantamos hácia la casa: nadie se presentaba aunque todo parecia en el órden habitual.

—Al parecer están acostados, observó Clayley.
 —No, es muy temprano; tal vez esten abajo cenando.

—¡Dios! qué mal nos vendria, porque estoy hambriento como un lobo.

Nos aproximábamos cada vez mas á la casa y el silencio continuaba.

-¿Dónde están los perros?

Entramos.

—Es estraño, nadie chista. ¡Ah! ¡no hay muebles! Pasamos á la galeria del fondo y nos acercamos á la escalera.

-Bajemos: ;ve vd. alguna luz?

Paréme, miré, escuché, pero no oí nada que revelase la vida: iba á participar á mi amigo mi asombro y mi terror, cuando me llamó la atencion un movimiento que se manifestaba bajo las ramas del bosque de olivos.

Al mismo tiempo doce figuras humanas se echaron sobre nosotros, y antes que hubiésemos podido desenvainar las espadas y coger las pistolas, ya estábamos tendidos de espaldas atados de piés y manos.

Durante esta escena se batian del lado de la charca cerca de la cual dejamos nuestra escolta: dispararon dos ó tres tiros, y luego vimos aparecer una partida de hombres conduciendo por fuerza á Chan, Lincoln y Raoul á los que acababan de hacer prisioneros.

Nos llevaron á todos delante de la fachada del rancho: nuestros caballos capturados al mismo tiempo que nosotros, fueron atados á estacas no lejos de allí.

Estábamos vueltos de espaldas: quedóse para custodiarnos una docena de guerrilleros, mientras que los demas se retiraron bajo los olivos, donde los oimos reir, cantar y gritar: no podiamos ver ninguno de sus movimientos, porque los lazos estaban tan apretados que nos era imposible movernos.

Segun el orden en que estabamos colocados, Lincoln se encontraba un poco delante de mí. Observé que le habian hecho el honor de atarlo con dos lazos, sin duda por efecto de la vigorosa resistencia que habia hecho á sus agresores, habiendo dado muerte á un guerrillero: así lo habian fajado y ligado como á una verdadera momia. No tenia libre otra cosa que la boca, y se servia de ella para echar fieros rechinando los dientes y arrojando espuma de rabia. Raoul y el irlandés parecian sobrellevar su suerte con mas filosofia ó indiferencia.

-Quisiera saber si nos han de colgar esta noche, ó si dejarán esta ceremonia para mañana temprano. ¿Qué piensa vd., Chan?

Así hablaba el francés riendo.

-Esté vd. tranquilo; perderán el menos tiempo posible: no hay que esperar perdon de semejantes bellacos: un poco mas tarde ó mas temprano nuestro asunto estará concluido.

-Me admiro, Murt, dijo Raoul bromeando con serenidad, de ver que San Patricio no se molesta por venir á nuestro socorro. ¡No lo tiene vd. siempre al rededor del enello?

-Por la Vírgen! Raoul, esto no es cuento de risa. Tengo la mayor confianza en la proteccion de

San Patricio, cuva imágen no me abandona: allí está debajo de mis vestidos con la de la Vírgen. ¡Si al menos pudiese tenerlos en mis manos y dirigirles mis oraciones!

-: Bueno! contestó el otro, ¿v quién se lo impide? -Del dicho al hecho va gran trecho; no puedo mover ni aun la punta del dedo márgaro.

-Tranquilícese vd., voy á poner eso en órden, repuso Raoul, and the ball the ball and all all mi

-¡Hola, señor! gritó á uno de los guerrilleros. -; Quién? dijo el mexicano acercándose.

-Vd. mismo, replicó Raoul.

-; Qué cosa? dispola avant de litto nu consegue

-Este caballero, dijo Raoul hablando el español y señalando á Chan, tiene sus faltriqueras llenas de oro.

La menor alusion sobre tal asunto era mas que suficiente. Los guerrilleros que por cosa estraordinaria, habian desatendido esta circunstancia esencial de sus funciones, se pusieron inmediatamente á registrar nuestros bolsillos, descociéndolos para mayor facilidad con sus grandes cuchillos. El dinero que habia en ellos montaba cuando mas á veinte pesos: Chan no tenia consigo un tlaco; así el hombre á quien Raoul engañó le pagó el consejo con dos ó tres puntapiés en las costillas.

La única cosa que se encontró sobre el irlandés fué un cordon de cuero pasado al rededor del cuello, á cuyo estremo pendia una imágen de San Patricio, al lado de un pequeño crucifijo y de una figura de plomo de la Vírgen María.

Esta circunstancia pareció disponer á los guerrilleros en favor de Chan, y uno de ellos inclinándose hácia él, aflojó un poco sus lazos, sin desatarlos enteramente.

—Doy á vd. las gracias, dijo Chan: es vd. amable; lo que M. O'Connell llama una mejora: ahora si que estoy á mi gusto.

-; Mucho bueno! dijo el mexicano inclinando

la cabeza y riendo.

—Seguramente, ¡mucho bueno! pero no tendria objecion que hacer si su señoría se dignase hacerme mucho mecor...¡No podría vd. aflojarme un poco al rededor de las muñecas? esto me corta como una

navaja de barba.

No pude menos de reirme de las reflexiones de Chan. Clayley y Raoul se unieron á mi y prento formamos un coro, de cuya alegria se admiraron al parecer nuestros vencedores. Solo Lincoln permanecia taciturno y silencioso, y no habia dicho una palabra.

El pequeño Jack quedó colocado sobre la tierra á alguna distancia del cazador. Estaba atado con sumo descuido, creyendo los guerrilleros que no debian inquietarse mucho por tan mínimo personaje. Veíalo agitarse y emplear toda su astucia indiana para lograr desatarse de los lazos; pero me pareció que no lo habia conseguido.

Mientras que los guerrilleros estaban entretenidos con Chan y sus imágenes, ví á nuestro joven compañero irse rodando sobre sí hasta llegar cerca del

cazador.

Uno de los bandidos, observando esta maniobra tomó á Jack por el cinto del pantalon, lo balanceó algun tiempo y concluyó por lanzarle á algunos pasos de allí.

-¡Mirad, camaradas, que briboneito!

En medio de las zumbas de los guerrilleros fue á caer Jack sobre un lecho de arbustos y de flores en el cual desapareció á nuestra vista. Como tenia todos los miembros atados, creimos que hubiese caido como una masa y que no pudiese moverse del sitio donde lo habían arrojado.

Pronto Chan me llamó á otra parte la atencion

esclamando:

—Cabeza, sangre, y asesinato es ese diablo criollo de Dubrosc,

Miré, y ví al criolio delante de mí.

- Ah! señor capitan, dijo burlandose ¿como está vd? ¡Ha venido á cazar palomas? pero los pája-

ros han sido despojados del nido.

¿Porqué estaba ligado en este instante? quedé impasible y frio como el mármol: y sin embargo mil pensamientos dolorosos me asaltaron á la vez: mis dudas, mis temores á su respecto se hicieron mas punzantes que nunca, y absorbian mi mente hasta el punto de hacerme olvidar mi propio peligro. Pudieron haberme matado en este instante, y á buen seguro que no hubiera tenido ni un ademan para defenderme, ni un suspiro para quejarme.

Habia en el carácter de este hombre algo diabólico, un cinismo repugnante junto á una cortesania brutal que me hizo temer mucho de su parte con

respecto á la que amaba.

-;Dios mio! dije en voz baja ¿estará ella en po-

der de este facineroso?

—¡Oh! esclamó Dubrosc dando uno ó dos pasos hácia adelante, y cogiendo mi caballo por la brida, ¡soberbio animal! Es árabe, á fe mia. Mire vd. Yañez, continuó dirigiéndose á un guerrillero que le acompañaba; le pido este caballo si es posible.

-Tómelo vd., contestó este; que era evidente-

mente el gefe de la partida.

-Gracias. Y á vd. señor capitan, añadió irónicamente volviéndose á mí, debo darle las gracias por semejante caballo. El reemplaza mi valiente alazan, de cuya pérdida le soy deudor ¡gran bruto!

Estas últimas palabras se dirigian á Lincoln, v Dubrose, á quien el recuerdo del lance de la Vírgen habia encendido en cólera, se acercó al cazador y le dió un gran puntapié en el vientre.

Pero apenas tocó á Lincoln este pié provocador cuando aquel saltó como bajo la accion de un poder galvánico rompiendo las correas en mas de cincuenta pedazos. De un impetu semejante al salto del tigre, cogió la carabina con sus dos manos: pero como estaba vacía, se sirvió de ella solamente como uua maza, y le descargó tan violento golpe sobre la frente del criollo, que cayó de sopeton en tierra. En un instante diez espadas amenazaron á la vez al pecho del cazador; pero él manejando su carabina segun queda dicho, dió vueltas á su arma con tan diestro giro, que sus enemigos, obligados á retroceder, le abrieron un paso por el cual se lanzó en medio del bosque dando un grito terrible. Los guerrilleros le siguieron con ahullidos de rabia, y poco despues oimos la detonacion de una arma de fuego: continuaba la persecucion.

En cuanto á Dubrosc le trasportaron al ranch

sin que diese ninguna señal de vida.

Nos preguntábamos como nuestro camarada pudo romper sus lazos, cuando uno de los guerrilleros reunió los pedazos de la correa, la examinó y esclamó:

-; Caramba! ha cortado el briboncito!

El hombre que acababa de pronunciar estas palabras entró en el bosque en busca del pequeño Jack: hubo entre nosotros un momento de terror, porque temimos ver el pobre niño sacrificado al furor de estos bandidos.

El guerrillero que andaba en su busca iba de un lado á otro, y parecia entregado á la mas viva emocion; luego, con grande alegría nuestra, le oimos esclamar haciendo un gesto de estupor.

-; Por todos los santos! ¡se fué!

-; Urra! esclamó Chan; ¡ssntos del paraiso! es un famoso bellaco el niño ese.

Muchos guerrilleros registraban el bosque, pero sus pesquisas no fueron mas felices que las de su

compañero.

Vueltos mas desconfiados por la fuga de los dos los guerrilleros nos separaron unos de otros; toda conversacion llegó á ser imposible: nos custodiaron con mayor severidad, poniendonos dos centinelas á cada uno. Pasamos una hora de esta manera: durante este tiempo volvieron de su persecucion, felizmente sin haber capturado á Lincoln ni á Jack.

Mediante algunas palabras que nos llegaron al oido, comprendimos que nuestra suerte no se fijaria sino mas tarde. Esta circunstancia nos hizo congeturar que Dubrosc no era el gefe de esta tropa, pues á haberlo sido no hubieramos salido nunca del bosque de olivos, antes allí nos hubieran ahorcado uno despues de otro, y ahora se trataba de transportárnos á otra parte donde probablemente nos ahorcarian.

Bien pronto en efecto se dispusieron á partir, nos trajeron los caballos poniendo mulas ensilladas frente del rancho. Nos subieron y ataron fuertemente sobre las sillas: cada uno fué cubierto de un zarape y le vendaron los ojos con un tapaojo. Terminada la monteria el clarin dió la señal de partida; siguiose un gran ruido, los caballos se encabritaron los hombres gritaron, luego, habiendose restablecido un poco el órden, percibinos por el movimieuto de nuestras caballerias que estabamos en camino y que viajabamos á largos pasos por entre los bosques.

CAPITULO XXXIV.

VIAGE A CIEGAS.

MARCHAMOS toda la noche, las vendas que nos cubrian los ojos, si no nos permitian ver nada, tenian al menos la ventaja de preservarnos la cara de las punzadas de las zarzas por entre las cuales pasabamos, impedidos como estabamos de hacer el menor movimimiento de manos, y en la imposibilidad por consecuencia de apartar las ramas que nos herian; sin las vendas infaliblemente hubieramos quedado ciegos. Las cuerdas que nos ligaban nos hacian sufrir de un modo horrible. El paso se efectuaba por entre bosques, sin que pudiesemos dudar de ello por el ruido de las hojas que nuestros caballos rozaban al pasar.

Al acercarse la mañana subimos una colina escarpada y que nos pareció de un acceso dificil segun la posicion y los esfuerzos de nuestras caballerias. Habiamos dejado la llanura y entramos en la region que toca al pié de las montañas. Yo no distinguia al rededor de mí ningun movimiento; nadie pasaba por delante ni por detrás, de donde inferí que estabamos en un sendero estrecho y que caminabamos unos en pos de otros.

Raoul era mi inmediato predecesor, y á veces nos encontrabamos tan cerca que podiamos hablar.

-¿Qué piensa vd. que quieran hacer de nosotros? le dije hablando en francés.

-Creo que nos conducen á la casa de Cenobio, al menos lo deseo.

-; Cómo? ¿lo desea vd?

—Sin duda, porque de esa manera tendriamos tal vez alguna esperanza de salvacion. Cenobio es un guapo mozo.

-; Le conoce vd., pues?

—Si, capitan, yo he tenido algunas relaciones con él en el comercio del contrabando.

—¡Pues qué, Cenobio es un contrabandista?
—¡Ah! contrabandista! ese no es el verdadero nombre, debemos decir negociante en un país donde el mismo gobierno entra en parte de este género de comercio. Esta especie de especulaciones son aquí una consecuencia casi inevitable de la mala administracion. Así Cenobio no es propiamente hablando, un contrabandista, sino mas bien, lo repito un negociante que hace el contrabando en una vas-

ta escala —¡Ah! ¡ah! Raoul: sabe vd. tambien algo de ecomía política.

-¡Ah! ¡ah! capitan, es preciso saber defender en caso necesario su profesion, replicó mi camarada riendo.

—Y cree vd. que nosotros estamos en manos de gente de Cenobio.

—Nada mas cierto, capitan. ¡Qué diantres! si fuera la partida de Jarauta ya hace largo tiempo,